

Buenos Aires, en 1951. Junto a ese gesto de gallardía moral, Paz elabora en París una *Antología de la poesía mexicana*, que Samuel Beckett traducirá al inglés. Pero al embajador Torres Bodet le incomodaba el activismo político de Paz, visible en su simpatía por la causa argelina o en su defensa de Luis Buñuel, cuya película *Los olvidados*, que se exhibía en el festival de Cannes, había escandalizado al gobierno mexicano. Paz fue enviado a la India y al Japón. Tras siete años en México, en 1959 es nuevamente enviado a París como encargado de negocios y en 1962 es nombrado embajador de México en la India⁵.

El infeliz matrimonio entre Paz y Elena Garro terminó en 1959. Los años parisinos de la pareja serán la materia, distorsionada por la paranoia y el genio, de *Testimonios sobre Mariana* (1981), la gran novela de Garro. Esta novela en clave donde aparecen los fantasmones del propio Paz, de Archibaldo Burns y de Adolfo Bioy Casares, transcurre en el París de la posguerra, donde Mariana, *alter ego* y autocrítica de la autora, padece innumerables persecuciones por parte de su marido y de sus amantes. Como en otras de sus novelas –señaladamente *Reencuentro de personajes* (1982)–, París es el escenario terminal escogido por Garro para sus ficciones, esas que los modernistas no se atrevieron a escribir.

En 1968, tras su renuncia a la embajada de la India en protesta por la matanza del 2 de octubre, Paz regresa algunos meses a París. Esa visita será decisiva y la última en importancia en la simbología biográfica del poeta, pues en el París inmediatamente posterior a la Revolución de Mayo, Paz se confrontará con los primeros estudiantes mexicanos, quienes agradecidos por su renuncia, consideraban que el poeta debía volver a México a encabezar la resistencia democrática contra el régimen del PRI. Aunque de manera muy distinta, en tiempos y concepciones, a la deseada por los estudiantes, ello acabó por ocurrir.

Otro de los escritores latinoamericanos que se habían ganado un lugar propio en la escena internacional, el novelista Carlos Fuentes (1928) se volvió, durante los años sesentas, un asiduo visitante de París, donde acabó por ser embajador en 1977-1978. Paradójicamente, su único libro consagrado por completo a ella, *París: La Revolución de Mayo* (1968) fue escrito en Londres, dado que cuando Fuentes decidió cruzar el Canal de la Mancha para presenciar los acontecimientos, el

⁵ Guillermo Sheridan, «Aquí, allá, ¿dónde? Octavio Paz en el servicio diplomático» en *Escritores en la diplomacia mexicana*, SRE, México, 1998.

gobierno francés había cerrado las fronteras. Este panfleto, nunca reeditado, expresa otra dimensión de la empatía latinoamericana por París, su condición de ciudad de las barricadas, patria universal de la Revolución en 1789, en 1830, en 1848, en 1871, y una vez más, en 1968. La pasión por el mito de la Revolución llega a su apoteosis en mayo de 1968, cuando parecía que la máxima bretoniana de unir a Rimbaud y a Marx, cambiando la vida y transformando el mundo, tendría lugar.

Dice Carlos Fuentes en un texto posterior, que dedicado a Octavio Paz, es en realidad una elegía al espíritu de 1968: «Apenas levantadas las barricadas del primer día de combate, muchos grupos, sin concertarse, ambularon por las calles de París disparando contra los relojes de las torres. ¿Para detener el día? Sí, en cierto modo: para actualizar el presente, para radicarlo en sí mismo. Las revoluciones tienen conciencia de su carácter inmediato, exaltante, existencial, acaso fugaz, seguramente irrepetible. Cada revolucionario es un hombre que se dice: 'Los hombres no han visto nada igual': los reyes ascienden al patíbulo, los guajiros descienden de la sierra, una pareja se enamora en las barricadas del Boulevard St. Michel y descubre que debajo de los adoquines están las playas; la entrada de Pancho Villa y Emiliano Zapata a la ciudad de México; la toma del Palacio de Invierno en Petersburgo; la larga marcha; los cadáveres encajonados de la Comuna son el cadáver resplandeciente de Guevara en un cajón de pino boliviano. Se dispara contra los relojes para que el tiempo se detenga y el irrepetible instante sea la eternidad»⁶.

Desde 1968 numerosos escritores mexicanos han vivido en París y no pocos han dejado testimonio total o parcial de la ciudad, de su alma, de sus incesantes metamorfosis: Fernando del Paso, Jorge Aguilar Mora, Héctor Manjarrez, Daniel Leyva, Antonio Saravia, Vilma Fuentes, Álvaro Uribe, entre otros. El último episodio de la saga entre México y París lo ha escrito Jorge Volpi, quien en *El fin de la locura* (2003) imagina a un psicoanalista mexicano aparecido entre aquellos estudiantes de mayo que entusiasmaron a Carlos Fuentes. Lo que en Fuentes es una elegía, en Volpi resulta una caricatura de los sueños políticos e intelectuales de una generación que vió en París y en sus *maitres à penser*, no sin cierta y enloquecida razón, el centro del universo.

⁶ Carlos Fuentes, «El tiempo de Octavio Paz», prólogo a *Octavio Paz*, Los signos en rotación y otros ensayos, Alianza Editorial, Madrid, 1971.

En el Jardín des Plantes

Trataba de escribir, y sobre todo, exploraba esa ciudad que es tal vez el ejemplo más hermoso del genio de nuestra civilización: sólida sin pesadez, grande sin gigantismo, atada a la tierra pero con voluntad de vuelo.

Una ciudad en donde la medida rige con el mismo imperio, suave e inquebrantable, los excesos del cuerpo y de la cabeza. En sus momentos más afortunados –una plaza, una avenida, un conjunto de edificios– la tensión que la habita se resuelve en armonía. Placer para los ojos y para la mente.

Exploración y reconocimiento: en mis paseos y caminatas descubría lugares y barrios desconocidos pero también reconocía otros, no vistos sino leídos en novelas y poemas.

París era para mí, una ciudad más que inventada, reconstruida por la memoria y la imaginación.

Octavio Paz, *Vislumbres de la India* (1995)

Comparado a otras literaturas latinoamericanas, el saldo parisino de las letras mexicanas pareciera ser pobre, como si la fugacidad y la reticencia fuesen la esencia del tráfico mexicano en París. La explicación atañe a ciertos contrastes entre el México del siglo XX y el resto de América Latina. México es un país sin exilios, el único país latinoamericano que no ha visto el espectáculo, terrible pero aleccionador, de ver marcharse a miles de ciudadanos al extranjero por razones políticas o económicas. La presencia mexicana más allá del Río Bravo no es, hay que decirlo, propiamente un exilio; territorio nacional hasta 1847, el extremo sur de los Estados Unidos es una extensión antigua y paradójica de México, como puede verse hoy día en las comunidades enteras de Puebla, Oaxaca o Zacatecas que se trasladan a los EU, por razones económicas, la mitad del año. Y los intelectuales mexicanos que por razones políticas se refugiaron, sobre todo durante la Revolución Mexicana y sus años posteriores, en Los Ángeles, Nueva Orleans, El Paso o Nueva York, volvían al país tan pronto aflojaba la persecución o se juntaban recursos para encabezar, desde allá, alguna conspiración, como ocurrió con Octavio Paz Solórzano, padre del poeta, o con José Vasconcelos. La Habana, de igual manera, formaba parte de esa periferia mexicana que sólo servía para volver a la patria con mayores bríos.

La continuidad estatal mexicana semeja ser un solo evo, comenzado con la rebelión de Tuxtepec de Porfirio Díaz en 1876 y finalizado, al parecer, con la derrota electoral de PRI en 2000. Según algunos historiadores contemporáneos, la Revolución Mexicana de 1910, ya se

fecha como terminada en 1917 con la Constitución o en 1929 con la fundación del Partido Nacional Revolucionario, resultaría haber sido una serie de terremotos cuya consecuencia fue la solidificación de la porosa capa estatal. Ello quiere decir, que salvo en algunos años de represión violenta, el exilio voluntario, o no, tenía poco que ofrecer a los escritores mexicanos, para los cuales, en una nación diseñada a la medida del Estado, siempre había lugar pues la polis exigía de tribunales. Los ejemplos de ese eterno retorno son numerosos y me detendré en los más representativos. Martín Luis Guzmán, perseguido por los victoriosos sonorenses, se establece en España durante la República y tras orbitar de consejero del presidente Azaña, vuelve al país en 1940 para convertirse en el ideólogo de la Revolución Institucional. Vasconcelos mismo, enemigo jurado de la Revolución tras su derrota electoral en 1929, regresa al país discretamente en 1938 y contra sus deseos de martirio, le es permitido internarse en el país, sin otro castigo que la ley del hielo. Una vez acallados sus devaneos nazifascistas, lo vemos apoyando al presidente en turno desde 1946. Octavio Paz, tras su renuncia a la embajada de la India en 1968, sólo pasa tres años en situación de semiexiliado, pues en 1971 el nuevo gobierno garantiza ciertos espacios a la oposición intelectual, que el poeta aprovecha. O en años también muy difíciles, la persecución nacionalista contra los Contemporáneos en 1932 nunca implica, como hubiese ocurrido en otros puntos del continente, el exilio. En buena hora, poetas como Cuesta gozan de la protección de algunos miembros de la familia revolucionaria, para la cual trabajan en empleos burocráticos de tercer nivel. Irse a París es posible; quedarse, inútil.

Durante más de un siglo, desde la diplomacia literaria del Porfiriato hasta las postrimerías de ese absolutismo ilustrado que encarnó el PRI, ha sido difícil, cuanto no imposible, que el intelectual mexicano se preserve de caer en el pantano estatal, librándose de la compleja red de acuerdos tácitos y desobediencias controladas que implica el maridaje de la política y de la cultura en México. Pero esa continuidad estatal también ha sido la garantía para que presencias como las de Alfonso Reyes o Jaime Torres Bodet en París hayan sido mucho más fructíferas, en términos de cultura institucional, que las de otros escritores latinoamericanos. Mientras que en la América del Sur imperó la traición de los clérigos, en México se impuso su ordenación como letrados al servicio de la torre estatal.